CAPÍTULO XXVII. *De casos maravillosos que han acaecido en esta Nueva España en algunas cruces*

OMO EL MISTERIO DE LA SANTA CRUZ fue para todo el mundo, así han sucedido casos en ella de grande admiración en todas las partes donde ha sido conocida, y entre todas ha llevado su parte esta Nueva España, donde no sólo los misterios que Dios obró en ella fueron estimados, y lo son de sus naturales (como en el discurso de esta obra hemos visto), pero también ella ha sido estimada, como en el capítulo pasado dejamos dicho; porque quiere Dios, que no sólo su santísimo hijo Jesucristo nuestro señor sea adorado y conocido por nuestro redemptor, sino que también el madero donde obró este alto beneficio de nuestra redempción, sea tenido en suma estimación y precio. En los indios viejos de Tlaxcalla quedó memoria de una cruz que fue la primera que se levantó en el mismo lugar donde los señores de aquella ciudad recibieron al capitán don Fernando Cortés y su gente, que es una de las cabeceras llamada Tizatlan. Éstos decían que no supieron de dónde vino, ni quién la hizo, más de que la noche siguiente, después que llegaron allí los españoles, a la media noche hallaron levantada una cruz de altura de tres brazas, bien labrada, y que Cortés fue el primero que la vio, y por la mañana mandó que la quitasen de su lugar y la tendiesen en el suelo; y mandó a los dos señores más principales, que eran Maxixcatcin, y Xicotencatl, que ellos tres la levantasen y pusiesen donde había de estar; y asiendo Cortés de la cabeza y Maxixcatcin del cabo de ella y Xicotencatl del medio, la levantaron y pusieron en su lugar donde estuvo muchos años, hasta que consumida se puso otra. Dicen que al tiempo que se levantó aquella cruz primera, que el sacerdote más principal de los ídolos, que tenía a su cargo el templo mayor (que era como catedral) donde estaba su principal dios que llamaban Camaxtle, temiendo que aquellos hombres recién venidos se lo tomarían como había oído que lo hacían en otras partes, la misma noche que acullá en Tizatlan se puso la cruz, mandó poner mucha gente de guarda por su orden, para que diesen aviso con muchos fuegos si acaso los españoles intentasen hacer lo que sospechaba y había creído. Fue este sacerdote, al punto de media noche (como acostumbraba y dejamos dicho en otra parte), a poner incienso y hacer sacrificio y otras ceremonias que usaban delante de el maldito Camaxtle, cuyo templo estaba cercado y rodeado de gente por todas cuatro partes, recelando el temor dicho. A esta hora vino súbitamente sobre ellos una gran claridad, a manera de relámpago, que los turbó a todos, y a los que miraban o estaban de cara al oriente les pareció que aquella claridad había nacido en el oriente, y a los que estaban vueltos al poniente, que de aquella parte, y lo mismo que del setentrión y mediodía, a los que miraban y estaban vueltos a aquellas partes; de manera que pareció haber venido aquella repentina claridad de todas las cuatro partes de el mundo. Maravillados todos de esto, volvió el sacerdote a orar y a incensar, rogando a su

dios les manifestase el secreto de aquellos grandes resplandores y claridad, que los había cercado en forma de cruz, aunque no tuvo respuesta de esto. Otros muchos indios había a esta hora junto a la cruz que el marqués y señores tlaxcaltecas habían levantado, y también ellos, como esotros, vieron la misma claridad. Y otro sacerdote, que estaba en otro templo, un tiro de arcabuz de este lugar, donde ahora hay edificada una iglesia del seráfico doctor San Buenaventura, vio entonces salir del templo de Tizatlan (donde se puso la cruz) al demonio que allí era adorado, llamado Macuiltonal, en una forma espantosa que le pareció tiraba algo a puerco, y fue corriendo por la ladera arriba de una cuesta que llaman Moyotepec, y en lo alto de ella se le desapareció. Decían más, que los señores se juntaron después con los sacerdotes para tratar de aquella grande claridad y resplandor que todos ellos vieron, y qué cosa sería; y entre otros juicios y pláticas que sobre esto pasaron, concluyeron que aquella claridad, que de todas las cuatro partes del mundo pareció venir, significaba la paz universal que se había de seguir de allí adelante, y que sus ritos y religión de el todo cesarían y llegaría la fama de los nuevamente venidos a todas partes y se cumpliría lo que tanto tiempo había que esperaban; y decían, ya hemos venido a Tlatzompan (que es la fin del mundo) y estos que han venido son los que han de permanecer; no hay que esperar otra cosa, pues se cumple lo que nos dejaron dicho nuestros pasados.

Cuando Cristo señor nuestro fue muerto en la cruz, sabemos que se obscureció el sol y que se vistieron de grandes lutos los cielos; pero esto no fue porque moría, pues antes su muerte era de regocijo y gozo para todos, pues de aquella muerte nacía la vida del pecador descarriado, sino en demonstración de la grave ofensa que hacían al hijo de Dios sus crucifijeros, y manifestando la fealdad y obscuridad de la culpa, porque moría y la poca compasión que de su muerte mostraron los que en la cruz le pusieron; pero aunque allí en el Calvario pareció la Santa Cruz árbol de deshonra y menosprecio, después que resucitó el hijo de Dios fue triunfo de victorias, y como demonstradora de ellas apareció en muchas partes y muchas veces, como están las historias llenas de esta verdad; y así en su invención, cuando la reina Elena la descubrió, así como el que murió en ella, que fue Cristo nuestro señor, venció la muerte espiritual que fue uno de los mayores milagros que salieron del infinito saber y manos poderosas de Dios, así esta Santa Cruz, por haber Cristo muerto en ella, venció la muerte corporal dando vida a un difunto y conocimiento a los presentes, de que ella era el instrumento de nuestro remedio y vida, y siempre ha sido espanto del demonio.

De un diácono que llegó una tarde a la ciudad de Cesárea, cuenta San Gregorio Niseno, que como llegase muy cansado y polvoroso, quiso lavarse el cuerpo en unos baños, prohibidos de noche porque el demonio estaba apoderado de ellos a aquellas horas, y por esto no permitían a nadie entrar en ellos porque al que entraba vivo le sacaban muerto. Y como instase el diácono a entrar, el que los tenía a cargo, se excusaba de abrirlos, hasta que a sus muchos ruegos le dio entrada, y dentro comenzó a oír grandes

tropeles de demonios y a ver figuras muy espantosas y acometimientos que le hacían para matarlo; pero el devoto diácono, haciendo la señal de la cruz, e invocando el nombre santísimo de el que en ella murió, los ahuyentó y salió libre y sano y sin lesión alguna.

Y de San Gregorio Taumaturgo cuenta el mismo Niseno[1] que una noche, por una grande tempestad de agua que vino, le fue forzoso entrar en un templo de el demonio, donde los idólatras de aquella provincia recibían sus respuestas, y estando dentro comenzaron a quererle atemorizar los demonios; pero el santo obispo se defendió de ellos con la invocación de el santo nombre de Dios, en cuyo amparo y defensión apareció una cruz de claridad en el aire, que permaneció toda la noche y espantó a los demonios y los ahuyentó de aquel templo, y confesaron no poder volver más a él por lo sucedido. Pues no es Dios particular sino universal para todos; y así como en aquellos tiempos obró estas grandezas entre aquellas gentes, quiso también que entre estos idólatras modernos se conociese la virtud de su Santa Cruz. Y por esto ordenó su saber inmenso que la noche que fue levantada en esta ciudad de Tlaxcalla apareciese de claridad en el cielo y que su luz y resplandor cegase al demonio inmundo y sucio, y que como tal saliese de aquella su sucia e inmunda casa y se fuese como puerco encenegado, huyendo de la virtud y poder que contra él tiene.

Si consideramos las palabras de estos tlaxcaltecas veremos cómo dijeron verdad, como otro Caifás, sin saber lo que se decían,[2] porque así como fue verdad que convino que un santo hombre muriese, que era Cristo, porque todo el mundo no pereciese, así también esta Santa Cruz fue el medio de la paz que hubo entre Dios y los hombres, en la cual hizo Cristo la reconciliación y amistades deseadas de la paz cristiana; y esta Santa Cruz lo fue de todos estos reinos, porque convertidos a la ley de Cristo, la tuvieron todos; y los que antes eran enemigos y se hacían guerra ordinaria, se confederaron por este medio y quedaron hermanos, hijos de Dios y herederos de los bienes de su gracia. Y así como en la venida de Cristo al mundo, se cumplió lo que dijeron antes los profetas, así, ni más ni menos, en la venida de los nuestros a estos indios, se cumplió todo lo que sus antepasados dejaron dicho, de que otras gentes habían de venir y apoderarse de estos reinos y enseñar otra ley que había de permanecer, la cual es esta evangélica, que en cuanto a esta parte dijeron verdad; pero no por modo tan infalible como hablaron los profetas, aunque tengo para mí, que lo dirían por voluntad de Dios para que cuando viniese no pareciese de todo punto nueva, sino que ya tenían noticia de ella por algún modo.

A esta cruz, como no le sabían el nombre, llamaron los indios tonacaquahuitl, que quiere decir madero, que da el sustento de nuestra vida; tomada la etimología del maíz, que llaman tonacayutl, que quiere decir: cosa de nuestra carne, como quien dice, la cosa que alimenta nuestro cuerpo; y dijeron verdad, porque por voluntad de Dios, que lo puso en sus corazones, entendieron que aquella señal era cosa grandiosa y la comenzaron

[1] Div. Gregor. 1. part. fol. 653. Exstat inter opera Nisseni.
[2] Ioan. 11.

a tener en mucha reverencia, tanto, que después todos los señores principales la pusieron en los patios de sus casas, en muy encaladas peañas y cercos, y la adornaban (como queda dicho) con muchas, buenas y olorosas yerbas, rosas y flores, y allí hacían oración a los principios, cuando aun no tenían otras imágenes, ni oratorios, y allí se diciplinaban con la gente de su casa.

CAPÍTULO XXVIII. *De otros casos maravillosos sucedidos a la erección y levantamiento de la Santa Cruz*

N CHOLULLA, QUE ERA EL SANTUARIO de toda la tierra en aquellos tiempos, como entre nosotros los cristianos Roma, donde por grandeza habían levantado y hecho a mano un cerrejón tan grande que en trescientos años no lo pudieran edificar muchos millares de hombres, y hoy día está en pie (como decimos en otra parte) la mayor parte de él; encima, pues, de este cerro o monte, tenían un templo de el demonio, que los frailes derribaron y en su lugar pusieron una muy alta cruz. El año de 1594 se edificó en aquel lugar una ermita de Nuestra Señora de los Remedios, que con particular devoción es frecuentada de los indios, y está muy adornada y devota.

Un caso me sucedió a mí, en orden de levantar una cruz, en aumento de la fe y detestación de la idolatría, que contaré en este lugar, por ser de notar. Siendo guardián de el convento de Zacatlan, que le cae a esta ciudad de Mexico veinte y seis leguas a la parte de el norte, me dieron aviso cómo en una sierra alta què está en la comarca de tres o cuatro pueblos de su visita, se hallaban algunas cosas de superstición, y en especial me dijeron cómo habían hallado una piedra levantada, entre otras, que estaba vestida con una manta y que por allí a su derredor había algunas cosas de ofrenda, con que la ofrendaban. Informeme en secreto bien de el caso, y sabida la verdad di aviso a todos los pueblos de la visita, que son muchos y de lengua totonaca. Era una sierra alta, cuatro leguas de el dicho pueblo de Zacatlan, donde para poder subir hice que abriesen camino, porque en muchas no se podía pasar por la mucha breña que tenía, y mandé al fiscal de el pueblo de San Juan Ahuacatlan, que está una legua en lo bajo de esta sierra (que era el que me había dado el aviso), que tuviese la piedra adornada cuando yo llegase, como la habían visto para poderla mostrar de aquella manera a los indios. Hízose todo esto con mucha diligencia y fue el día que lo supe lunes, y el que había de ir había de ser sábado de mañana, y aunque la tierra en general toda es nebulosa, y carga muchas veces una neblina húmeda y aguanosa, hizo aquellos días muy enjutos y de muy claro sol, y anocheció el viernes con toda esta serenidad de tiempo; y yo muy gozoso de ver la buena ocasión que Dios me ofrecía de tiempo claro y sereno para ir a la defensa de su santa honra, dispúseme (aunque pecador)